

INMACULADA LÓPEZ CALAHORRO

ALEJO CARPENTIER
Y
EL MUNDO CLÁSICO

GRANADA
2006

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
PRELIMINAR	11
CUESTIONES METODOLÓGICAS	15
INTRODUCCIÓN	21
1. América, realidad transcultural	21
2. Una reflexión inevitable: la utopía	27
3. Carpentier y el Mundo Clásico	35
3.1 La tragedia del lenguaje y el Mundo Clásico	35
3.2 El pensar mítico	39
3.3 El deber del hombre y del escritor	44
3.4 La realidad humana del teatro: actores y coro	49
PRIMERA PARTE: <i>LA POÉTICA DEL TEMOR. HACIA EL TIEMPO DEL HOMBRE</i>	53
1. «Viaje a la semilla» (1944): el mito platónico del tiempo invertido y la inversión de Platón	53
1.1 Ceres: hija de Saturno	59
1.2 El personaje: Marcial y la felicidad de la caverna	63
2. «Semejante a la noche» (1952): la Guerra del Talabartero o del mito al logos	67
3. «Los advertidos» (1952): desaparición de los héroes de la humanidad (... <i>et facta est pluvia super terram</i> ...)	74
SEGUNDA PARTE: <i>LA POÉTICA DE LA COMPASIÓN. LA TRAGEDIA DEL LENGUAJE</i>	81
4. <i>El acoso</i> (1956): un Orestes circunstancial	81

5. <i>El recurso del método</i> (1974): Julio César y el prototipo de la adculturación	99
5.1 El espacio: <i>acá / allá</i>	100
5.2 El oficio de dictador y el imitador de César	101
5.3 Los elementos culturales	103
5.4 Un <i>acá / allá</i> lleno de paradojas: César, Cortés y el Primer Magistrado pacificando la barbarie	105
5.5 Una América adculturada	111
5.6 El erudito grecorromano del <i>Pequeño Larousse</i> y el personaje de tragedia	122
6. <i>El arpa y la sombra</i> (1979): Medea y la tragedia del lenguaje	133
6.1 El arpa: el latín como instrumento de universalización	134
6.2 La mano: el latín como inventor de la realidad	139
6.3 La sombra: <i>Apocolocyntosis</i> enjuiciando a los bárbaros	156
6.4 Epílogo: la tragedia del traductor de latín	159
7. <i>Concierto barroco</i> (1972): Montezuma con aire de César (la poética de la fábula)	162
7.1 América: Montezuma entre romano y azteca	165
7.2 Europa: el teatro como farsa	172
7.3 El músico negro y el concepto de poética clásica	179

TERCERA PARTE: LA POÉTICA DE LA CATARSIS.

<i>EL OFICIO DEL HOMBRE</i>	187
8. El reino de este mundo (1949): de Plutarco, <i>speculum principis</i> , a Epicteto, « <i>speculum hominis</i> »	187
8.1 La mutilación y la licantropía	188
8.2 La peste o miasma	190
8.3 Plutarco y el toro de Creta	193
8.4 Epicteto: hombres transformados en hombres	195
9. <i>Los pasos perdidos</i> (1953): el Ulises engañado	199
9.1 Los personajes: los oficios de Epicteto	201
9.1.1 Porcia e Ifigenia con miriñaque de Arabella	202
9.1.2 De Sísifo a Ulises, o de ciudadano a extranjero ...	204
9.1.3 Todas las mujeres: de Calipso a Penélope	213
9.1.4 Ulises-Buscador de oro	217
9.1.5 El adelantado: fundador de la ciudad y la ley, y administrador de la escritura	223
9.2 La Urbe como espacio y tiempo: Prometeo y la paradoja de la liberación (de Roma a Nueva York)	227
10. <i>El siglo de las luces</i> (1962): Licurgo y Edipo educando a los niños	234

10.1 La casa familiar	238
10.1.1 La casa y el padre	238
10.1.2 La casa y los adolescentes	240
10.1.3 La casa y el pedagogo	242
10.2 La casa de la naturaleza: el humanismo del mar Caribe	247
10.3 La casa de Penélope	253
10.3.1 Ulises vuelve del destierro de Ovidio	253
10.3.2 Los cerdos de Ítaca	257
10.3.3 La casa de la revolución: Sofía y la praxis	263
11. «Derecho de asilo»: de Juan-Sísifo al Pato Donald de Zenón de Elea	268
11.1 Los adculturados	269
11.2 El secretario filósofo	270
11.3 El secretario enamorado	276
12. <i>La consagración de la primavera</i> (1978): «vita contemplativa» / «vita activa»	278
12.1 Jean-Claude: el oficio de traductor	281
12.2 Enrique: entre Heráclito y Orfeo	286
12.3 El sofista	293
12.4 La virgen electa: la respuesta del arte	295
CONCLUSIONES	307
BIBLIOGRAFÍA	319
1. Bibliografía sobre Alejo Carpentier	319
1.1. Ediciones de los textos analizados	319
1.2. Otras obras de Alejo Carpentier consultadas	319
1.3. Estudios sobre Carpentier	319
2. Ediciones y traducciones de autores griegos y latinos utilizadas	322
3. Bibliografía general	325

PRESENTACIÓN

Lector infatigable que consumía dos libros diarios, bibliófilo, editor, conocedor de las letras de *aquí* y de *allá*, de *entonces* y de *ahora*; dado, según sus propias palabras, al reciclaje periódico de diversas disciplinas, Alejo Carpentier vuelca sus lecturas en su obra, por caminos y con fines muy diversos y más en su narrativa que en su trabajo crítico, las rememora, las celebra, o, por lo contrario, polemiza con ellas, las escudriña y juzga, en ocasiones a través de la parodia o la ironía. Poblados, pues, de voces e imágenes provenientes de todos los tiempos y culturas, las novelas y relatos del escritor cubano cuyo centenario conmemoramos este año, se conforman a través de una densa arquitectura intertextual; y en ellos, el gran caudal de citas, referencias y alusiones de toda índole a la Antigüedad Clásica resulta —obviamente para el lector avisado— de la mayor evidencia.

Sin embargo, la crítica apenas ha brindado atención a esta imponente presencia del Mundo Antiguo en Carpentier, a la que sólo se han dedicado acercamientos parciales y, en su mayoría, epidérmicos, debidos casi todos a bien intencionados latinoamericanistas, poco o nada conocedores de la cultura antigua; o, sobre todo en las dos últimas décadas, a quienes también en la América hispana se acercan a su obra desde la perspectiva de los estudios de tradición clásica, estratégico espacio de supervivencia para los filólogos, en ámbitos académicos cada vez más hostiles, pragmáticos y mercantilizados. Pero estos trabajos, salvo notables excepciones, no han pasado de ser meros cotejos, es decir, inventarios de temas, motivos, «fuentes» e «influencias», en el fatigoso sentido que la exegética decimonónica daba a estos términos.

Por otra parte, en la ya considerable lista de muy importantes estudios sobre la pervivencia de los mitos clásicos en la producción cultural de la modernidad, debidos a excelentes críticos, el mundo iberoamericano continúa siendo una *terra incognita*; y así, por ejemplo, para sólo aludir a dos de los más merecidamente celebrados estudios sobre esta naturaleza, las Antígonas o los Ulises del Nuevo Mundo siguen sin aparecer en ellos —a

menos, por supuesto, que hablen inglés. Y en verdad son lamentables y poco productivos este desconocimiento o esta arrogancia crítica, cuando resulta tan presente —precisamente por el contexto renacentista en que se produce el llamado Descubrimiento de América—, el peso que el pensamiento y, en general, la cultura grecolatina han tenido en la construcción simbólica de Iberoamérica, y en particular, la asimilación latinoamericana de los cánones de la cultura clásica, y su hegemonismo en la formulación de sus paradigmas; tema que, desde la perspectiva más contemporánea de los estudios poscoloniales, podría resultar sumamente atractivo, por cuanto en estas sociedades étnica, lingüística y culturalmente fragmentadas, la problemática coexistencia en la «zona de contacto» de por lo menos dos culturas: una central, europea, hegemónica, y otra marginal, indígena o africana, subalterna, promueven procesos de resistencia cultural, de transculturación u otras heterogeneidades, híbrides o sincretismos, que hallan importante espacio de representación en sus literaturas.

No temo, pues, afirmar, que el libro que me honro y me complazco en presentar en estas páginas, constituye la más importante contribución al estudio de la muy significativa presencia de los clásicos en Carpentier. Y me atrevo a asegurar que, además, es ya una contribución definitiva, difícilmente superable, a este tema e, igualmente, uno de los textos críticos recientes, sobre la obra del novelista cubano, más novedosos y mejor sustentados y escritos.

Y es que la autora no sólo se propuso encontrar las huellas de los antiguos, en citas, referencias y alusiones, y explicar cómo éstas llegaron a los textos, o por qué y para qué se incorporaron a ellos, sino que aspiró, además, a desentrañar la presencia del Mundo Clásico en el pensamiento de Alejo Carpentier, asunto mucho más complejo y para nada abordado por la crítica precedente; y, por otra parte, intentó, desde el principio, promover «otra posibilidad de lectura» de la obra de Alejo Carpentier, desde la también totalidad del Mundo Antiguo, lo que la condujo, por ejemplo, a percibir y demostrar desde allí la trascendencia de la teatralidad en la escritura carpenteriana, tema algo asediado en los últimos años, pero desde perspectivas mucho menos productivas.

De este modo, la lectura fructífera y fruitiva de Inmaculada López Calahorra, erudita, por la envergadura de sus objetivos y la profundidad y excelencia de su alcance crítico, pero no pedante, ni aburrida, encontrará cabal recepción en un público formado no sólo por estudiosos de la Antigüedad Clásica o de las letras hispanoamericanas, sino de la cultura y el pensamiento en general, que gracias a ella podrá apreciar y disfrutar con mucho más deleite, tanto del pensamiento y como de los sentidos, la obra del gran novelista.

La Habana, septiembre de 2004
Luisa Campuzano

PRELIMINAR

Escribo para quienes saben leer
(Carpentier, 1981:31)

Cuando hace ahora cinco años defendía en la Universidad de Granada la tesis doctoral que llevaba por nombre *De la tarea del hombre y otras maravillas. Una lectura de Alejo Carpentier desde el Mundo Clásico*, señalaba que había sido una grata labor para mí relacionar la obra del cubano con el Mundo Clásico. Tal experiencia debía mucho a esa constante necesidad que sentimos los amantes del legado grecorromano de reivindicar un lugar en nuestro tiempo que justifique su presencia a lo largo de la historia. Comprobar que los elementos clásicos estaban en la obra de Alejo Carpentier de manera casi omnipresente me aportaba, en primer lugar, un auténtico placer. En segundo lugar, me resultó aún más satisfactorio relacionar estas alusiones al Mundo Clásico con elementos fundamentales de la novelística carpenteriana, de modo que Epicteto, Homero o Virgilio entre otros, no se explicaban como simples recursos de erudición, sino con una clara significación en el conjunto de la obra del cubano.

Al inicio de aquel trabajo aludía a las palabras que Umberto Eco pronunciaba en una entrevista al recibir el Premio Príncipe de Asturias, en las que decía que nos pasamos la vida dando vueltas a la misma idea. Es hermoso pensar que, frente a ese refrán que dice que «la vida da muchas vueltas», seamos nosotros mismos quienes, consciente o inconscientemente, nos acercamos a la misma idea. Como si por mucho que intentáramos escapar de nuestro *fatum*, el destino acabara siempre por descubrirnos¹. Por entonces recordaba que en el destino de mi tesis había participado el hecho

1. Curiosamente del mismo modo que el tiempo acaba descubriendo a Edipo.

de leer una edición sencilla² de *Los pasos perdidos*, justo cuando mi vida estaba a punto de cambiar de rumbo como era el caso del protagonista de esta obra. Era el uso más simple y directo de la literatura, que no se sometía a ningún comentario ni ninguna apreciación valorativa. Curiosamente, luego me enteré a través del profesor Andrés Pociña, que el profesor Jesús Lens Tuero había querido acercarse a esta obra con un estudio que habría presentado en La Habana, pero que no llegó a realizar³. La muerte le sobrevino con la misma rapidez y de forma tan inesperada como la que luego me ha permitido ir contactando con miembros de aquel congreso. Todavía hoy pienso que la idea a la que me lleva mi vida es la misma, y que tenía que ver mucho con la propuesta que mi apreciado profesor de Lengua y Literatura Griegas me propuso cuando yo era demasiado joven como para imaginar mínimamente cuál iba a ser mi papel en la función del *reino de este mundo*. Ideas clave como el mundo clásico, la literatura hispanoamericana, la política o la necesidad de un *nuevo humanismo* acaban por ser unas claras directrices de este rumbo que sin duda habría tenido mucho de común con la labor de Jesús Lens. Por eso siempre habrá en este trabajo un pequeño homenaje hacia su persona desde el imperturbable cariño que sentimos hacia quienes consideramos maestros y de cuyo tiempo compartido bajo la relación de la docencia nos apropiamos para siempre.

Junto a estos nombres iniciales, otras muchas personas han acabado por cruzarse en mi camino. Por entonces nombraba los estudios de Luisa Campuzano o Amaury Carbón Sierra. Ahora que los conozco, como también a Rita de Maeseneer, sé que hay un lazo de unión en este mundo carpenteriano, al que me enorgullezco de pertenecer. Juntos podemos establecer un diálogo que, lejos de cerrarnos en nuestros círculos especializados de investigación, nos permite difundir nuestros conocimientos en ámbitos de estudio y trabajo muy diversos. En este círculo me congratulo también de haber conocido a Álvaro Salvador, con el que estoy segura que podré compartir muchas reflexiones sobre la compleja y rica relación de Europa y América. Y también quiero citar a Juan Carlos Rodríguez, cuya visión de la literatura ha marcado la mía propia desde hace ya muchos años. De ambos profesores de la Universidad de Granada quiero recordar ese epígrafe especialmente significativo y oportuno con el que definen la realidad de la literatura cubana, «la conciencia detenida».

2. Una edición que cuando se es estudiante se valora con el aprecio de leer sólo el texto y costar muy poco.

3. Me queda para siempre la duda de si mi análisis habría coincidido con el suyo en algún aspecto y si él lo habría aceptado.

También quiero nombrar a Francisco García Jurado, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, cuya amistad surgió al hilo de un análisis carpenteriano. A él le agradezco muchos ratos de conversación bajo una sensibilidad semejante sobre el Mundo Clásico y su herencia en el siglo XX. Recuperar la emoción me parece, a todas luces, algo esencial para justificar la necesidad de un nuevo humanismo en el que los filólogos clásicos tenemos un papel fundamental que realizar.

En cuanto a esas otras personas pioneras para este diálogo con la historia, quiero agradecer a mis tutores, al Catedrático de Filología Latina don José González Vázquez y al Doctor de Lengua y Literatura Griegas don Jesús María García González, que siempre se hayan sentido satisfechos de mi trabajo. El paso del tiempo nos une en una relación de profesores y alumna que ya se ha transformado en algo diferente. Y, como decía también hace tres años, debo hacer constar mi más sincero agradecimiento a María Dolores Rincón, profesora de la Universidad de Jaén, por haber depositado su confianza en mí. De su actitud he aprendido que confiar en alguien es dotarlo de una grandeza que siempre se nos devuelve para la nuestra propia.

Finalmente, a Paco quiero agradecerle todo el tiempo invertido y la ilusión que me transmitía al leer cada una de las interpretaciones de los textos. Su nobleza de alma y su humanidad son un lujo para cualquiera que esté cerca de su persona. Y a mí me corresponde la mayor parte.